



EL ECO DE CARTAGENA

Año XXXV

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Num 10181

PREGIOS DE SUSCRICION:

REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 21

CONDICIONES:

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 12 id.—La suscripción empezará a contarse desde el día 1.º de cada mes.—La correspondencia, a la Administración.

MARTES 17 DE SEPTIEMBRE DE 1885

El pago será siempre adelantado, y en metálico ó en letras de cambio.—Los responsables en París, A. Lorente, rue. Capmartin, 61. J. de Janes, Boulevard Montmartre, 31.

LA UNION Y EL FENIX ESPAÑOLA

COMPANIA DE SEGUROS REUNIDOS



Domicilio social: MADRID, CALLE DE OLÓZAGA, NÚM. 1 (Paseo de Recoletos)

GARANTIAS

Capital social efectivo.	Pesetas 12.000.000
Prestos y reservas.	43.598.510
TOTAL.	55.598.510

32 AÑOS DE EXISTENCIA

SEGUROS CONTRA INCENDIOS
Esta gran Compañía nacional asegura contra los riesgos de incendio. El gran desarrollo de sus operaciones acredita la confianza que inspira al público, habiendo pagado por siniestros, desde el año 1864, de su fundación, la suma de pesetas 58.159.034,43.

SEGUROS SOBRE LA VIDA
En este ramo de seguros contrata toda clase de combinaciones, y especialmente las Dotales, Rentas de educación, Rentas vitalicias y Capitalas diferidos, a primas muy reducidas que cualquiera otra Compañía.

Recolección

Preces para Vinos, moderno Sistema Bombas Noel y otros sistemas para trasiego. — Azeñadores, cilindros y demás chabros necesarios al viticultor. — Desgranadoras de panizo (6 fanegas por hora). — Embudo automático. — Tijeras para vendimiar, poda, etc. — Avados de maderas. — Espino artificial. — Palas, azadas, legones, todo acero. — Carretillas y vagones. — El de cartón.

INSTALACION DE MIEGOS
C. Pérez Lurbe. Plaza de Osetana, 12

COLABORACION EDITA

Las Tres Puestas.

¡Demonio con el médico! Una noche como esta cada semana y el picardía reumática desparecerá para siempre en mi personalidad. ¡Soñó! Andá con ciento, Navarra. No proñanes con una caída en el barro, el divino cuerpo de que soy portador.

Y pensar que he dejado a lo mejor mi diversión favorita. ¡Dios me perdone, pero creo que son capaces de repartirlas entre ellos. ¡Soñó! Nada: está visto que no va a llegar el sacramento. Qué buen acuerdo ha tomado el sacristán, poniéndose enfermo para no acompañarme. ¡Demonio!

El anterior monólogo lo sostenía el bueno de mosén Juan, caballero en una mula antidiluviana (puesto que aquella noche empezaba el diluvio) tuerla y sorda, dos buenas cualidades que le hubieran permitido caminar con patas, seguras en aquella noche de relámpagos y truenos, a no padecer un honroso balle de S. Vito, que de tal me atrevo a diagnosticar los arbovitientos con velleos y circunferas que conllevan. Repetían las ya citadas patas delirantes y que obligaban a mosén Juan a dibujar en el aire graciosos círculos al empeñarse en formar un solo cuerpo con su cabalgadura.

Apenas distaba el pueblecillo a donde el cura sobre la mula caminaba, media hora escasa, y daban las once en el diminuto reloj de torre de la parroquia, cuando el buen mosén se preparaba a ochar pies a barro después de tenerlos en el aire desde las nueve de la noche.

— ¡Buenas noches, mosén Juan, y válgame Dios qué tiempo! — Demonio, con tus buenas noches! ¿A cuándo aguardas para decir infernales? No sabes que el Zorrompo, hasta ayer despreciable arroyuelo, convertido se halla en proceloso mar, capaz de purificar con sus alborotadas olas las almas de algunos pecadores del pueblecillo? — ¡Demonio! Y con qué miedo atravesaba mi pobre Navarra el caudaloso río, desconocido para ella!

Pero ¡calla! me estoy mojando y to has olvidado que antes de morir soy santo, puesto que necesito me lleven en andas gracias a este picaro reuma que tengo.

— Es verdad, mosén Juan, y usted perdona, pero aquí viene mi marido que es capaz de llevar a usted por el río. ¡Compañero! anda pronto que mosén Juan aguarda para que le bajes de la mula y...

— Dios lo guarde! Ya sabía yo que usted habla de ser tan bueno, que vendría a hacerme un regalo, a vestir a la que tanto necesito de los auxilios espirituales. Qué historia, mosén Juan, qué historia!

— Déjate de historias, Campando, y bájame pronto para auxiliar a la que según el médico, tan poco tiempo le queda de vida!

Y mosén Juan penetró ayudado por Campando en el ancho portal donde en un rincón de la derecha se veía un montón de paja, sobre el que descansaba una mujer de insoportable aspecto, rodeada de tres ángeles, que así le parecían a mosén Juan aquellos arrapiezos, el mayor de los cuales apenas contaba cinco años.

Después de fijar su mirada sobre

el rostro de la infeliz, hizo un gesto peculiar en los labios cuando quieren dar a entender la imposibilidad de que el paciente les oiga. Así que, prescindiendo de inútiles preguntas, encendió el farol, que dio a Campando, y armado de hipopóstris y estola, comenzó a murmurar, uniendo la acción a la palabra el quis, quis per tactum, que tan funebremente suena en los oídos de los poco acostumbrados a esta clase de escenas.

Terminada la religiosa ceremonia se enteró de que aquella mujer la habían encontrado medio muerta de hambre en el campo, sin que hubiera podido decir otra cosa sino que estaba sola en el mundo, quedando sus hijos, por tanto, desvalidos.

Cogió el buen cura a los chicos, los miró con singular expresión y murmurando algo que no se entendía, mandó que los llevaran a su mula, no sin dejar antes las órdenes necesarias para el cristiano sepelio de la que ya era cadáver.

Y caballero otra vez en la mula, sosteniendo a duras penas a los tres pequeñuelos, comenzó a hostigar a aquella que no estaba acostumbrada; pero dos litigazos que Campando le dio con la fuerza que se mayor le atribuyeron a la mula echarse a andar, empezando a hacer las circunferencias de antes, aun cuando más pronunciadas y con menos regularidad.

Eran las tres de la mañana cuando mosén Juan, calado hasta los huesos y ayudado por el ángel, se apeaba de la mula, penetrando en su casa con los pequeñuelos, diciendo a la sirvienta:

— Desde hoy suprimes mi chocolate y la leche, aumentando la comida para tres más.

En vano aguardaron la noche siguiente el maestro de escuela y el barbero a mosén Juan para jugar su acostumbrada partida, y por la mañana se presentaron a inquirir

las causas que motivaban al partidario más acérrimo del pueblecillo en todas las cinco vitas y más afilando a solas de todo Aragón, de no haber jugado la noche anterior, a lo que contestó el cura con placida sonrisa:

«He hecho ayer en mi casa tres puestas, y mientras no se saquen, no me queda dinero para jugar en ninguna parte.»

ENRIQUE OMBROSA.

(Prohibida la reproducción.)

TIJERETAZOS

El ministro de Hacienda ha solicitado al Delegado de Avila por haberse elevado notablemente la recaudación, en aquella provincia durante el presente mes. El delegado de Avila está de aporabuena.

Los contribuyentes están de pesame. Como nunca llueve a gusto de todos.

En Málaga ha aparecido un fantasma que asusta a los vecinos de la calle de Mármoles.

Todas las noches sale de madrugada, da un paseito y se mete en una casa. Fantasmas en el siglo XIX.

¿Es que no hay en Málaga, nadie, que dé untadas de unguento de garroto? Un solo emplasto basta para curar el mal de fantasmas.

Es probado.

Dice un periódico que las señoras toceras han formado época.

Es cuando hay que formar en estos tiempos de revolución cubana y subterfugios filipinas.

¿Cómo privan los cuernos? ¡Y!

En un pueblo de Andalucía ha sido detenido un individuo que conducía cincuenta y seis cabezas de ganado, procedentes de robo.

No las llevarán en el bolsillo del pantalón.

El rajón de Lahore tiene una bicicleta de oro.

Como se prevé la noticia se queda a pie el rajón.

ERNESTO MALTRAVERS. 29

ERNESTO MALTRAVERS. 25



CAPITULO III

Empezaba a apuntar el día; la mañanita estaba agradable, húmeda, neblinosa; los pies se hundían en la tierra, los caminos se hallaban colmados de lodo. La lluvia que cayera aquella noche había formado acá y acullá inmensas charcos. Por la parte de la ciudad empezaban a formarse grupos de gente y a moverse algunos carros; el toque de bocina de alguna diligencia nacional se oía ya de cuando en cuando, y sus pasajeros externos se veían muy embozados en sus capas, y los internos estaban abrigados aun con sus gorros de dormir.

guio las pisadas de una persona que caminaba por la parte de afuera, sobre la tierra húmeda; pisadas que se fueron alejando, volviendo a ser silencio.

Se quedó tranquilo, a más no poder, durante algunos minutos; después se detuvo en un firme hacia la puerta interior de la casa, donde suponía el que estaba apostado en el corredor. Intentó abrirla con mano osada; mas la halló cerrada por la otra parte. De esta manera, al intentar rechinar los dientes, movió lo mismo que el ratón que se ve cogido en la ratonera... pero antes que tal suceda, yo les haré probar mi dentadura.

Volvió a su primer atención, manteniéndose en pie y con su arma levantada, preparado a todo lo que sobreviniera; y con algunas distancias de esperanza, fundándose en su destreza, en sus fuerzas y en su intrepidez. El tiempo corría, él no se interrumpió aquel silencio con la llegada de una persona que sintió se acercaba a la mencionada puerta. Oyo que describía el cerrojo charremente; y el se preparó para atacar al supuesto sitiador. Pero no era esto, Alicia la que entraba con los pies descalzos, billicos como el ministro, con un dedo puesto en la boca.

Se le acerca; le toca. — Están bajo el tinglado, detrás de la caballería, le dijo muy quedito, buscando

Un momento saltó por una gaceta que le separaba del camino real, justamente delante de una columna millaria, circunstancia que le sirvió para saber que solo distaba una milla de...

Gracias doy al cielo! dijo así, en alta voz: Des pues de haber andado errante toda la noche entre los pantanos como un fuego fatuo, me veo por fin cerca de una ciudad; ya respiro libremente; ya estoy en salvo.

Caminó con paso acelerado, dejando atrás un pedregal, una cuadrilla de arrieros, y adelantándose a un rebaño de carneros. Ya no veía delante de sí más que a una sola figura; era la de una campesina joven con vestidos gruesos y ajados, que caminaba al parecer con algún trabajo y languidez. También iba a dejarla atrás, pero un débil grito le hizo volver la cara, y reconocer a la muchacha que le había salvado la vida la noche precedente.

— Como así te dijese eres tú? — me engañan mis ojos?

— Vengo en busca vuestra, caballero; dijo la muchacha con timidez; también yo me he fugado; nunca volveré a poner los pies en casa de mi padre; ya no tengo un techo que me abrigue.

— Pobre niña!... pero cuéntame lo que ha ocurrido: